

Discurso inaugural, pronunciado por Rafael Escuredo, presidente de la Fundación Biblioteca de Literatura Universal (BLU).

Buenas noches:

Querida presidenta de la excelentísima Diputación Provincial de Huelva, gracias por haber recibido desde el primer momento nuestra presencia con entusiasmo y generosidad, y con todo tipo de ayudas. Gracias también a ti, querido Rector de la Universidad Internacional de Andalucía, Juan Manuel Suárez Japón. Cuando te hablé por primera vez de este proyecto pusiste a nuestra disposición todas las dependencias de la UNIA, y además con carácter gratuito; así que doblemente agradecido.

Mi agradecimiento, por supuesto, a la Fundación Cajasol, una fundación que cuando hace ya tres años fui a pedirle una importante cantidad de dinero para el desarrollo de estos eventos, me dijo a las primeras de cambio que sí, y salí frustrado de no haberle pedido el doble para, en lugar de cinco, haber hecho diez congresos. Pero, en fin, son las cosas que pasan.... Ellos tuvieron la mirada necesaria para percibir que este era un tema de alcance, no sólo para Andalucía y para España, sino, como diría Blas Infante, también para la humanidad.

Gracias a Rogelio Blanco, director general del Libro, Archivos y Bibliotecas, porque en una conversación de sobremesa, hace ya algunos años, me habló sobre la posibilidad de tratar la lengua española desde la mirada del aporte económico y de la trascendencia que ello supone para el ámbito de los negocios, para el mundo de la ciencia, etc. De allí salimos de acuerdo en que no estábamos muy contentos con Platón, porque había expulsado a los poetas de su ámbito, pero estuvimos de acuerdo en poner en marcha estos congresos.

Gracias al Padre Superior de este monasterio de La Rábida. Un día de sol vine aquí y tuve la oportunidad de conocerle personalmente. Mi padre y usted son de la misma región del norte de España y, sinceramente, me ha dado una gran alegría tener la oportunidad de darle un abrazo, y que nos haya abierto las puertas de este monasterio tan singular y que tanta emoción me produce después de muchísimos años.

Queridas amigas y amigos:

Creo que no me equivoco si pienso que la mayoría de ustedes ha tenido oportunidad de leer el libro o de ver la película *El nombre de la rosa*, en que el actor Sean Connery aparece convertido en el agudo observador Guillermo de Baskerville. Se trata de una maravillosa historia de libros que guarda -en lo positivo- un curioso paralelismo con el emblemático lugar en que nos encontramos en este momento.

Para empezar, los acontecimientos narrados en aquella obra ocurren en una abadía italiana en pleno siglo XIV, el mismo en que fue construida esta iglesia del Monasterio de La Rábida. Además, Guillermo de Baskerville, el protagonista, era un afamado fraile franciscano, la misma orden a la que pertenece el monasterio en que hoy inauguramos la III Acta Internacional de la Lengua Española.

Traigo al recuerdo de ustedes el ambiente, engañosamente tranquilo de aquella solitaria abadía medieval, con su biblioteca repleta de miles de manuscritos –algunos prohibidos- donde, a escasas décadas de la posterior creación de la imprenta, los monjes todavía escribían -y reescribían- a mano sus libros religiosos y filosóficos. Libros similares pudieron haber sido elaborados aquí en La Rábida. Se trataba de auténticos incunables, plasmados sobre pergaminos de tela, en ocasiones con letras de oro, reliquias del pasado que en el mundo real, en muchos casos todavía hoy tenemos la suerte de poder contemplar.

Y si busco la complicidad de todos ustedes recreando aquel ambiente es porque desde aquellos ellos años remotos, y más aún desde la invención de la imprenta a principios del siglo XV, hasta ahora el libro había logrado mantener su formato tradicional, pero sobre todo su soporte sólido y en papel, sin que nada ni nadie osara cuestionar el poderío de la Galaxia Gutenberg.

Es ahora, sin embargo, amigas y amigos, a principios del siglo XXI, cuando vemos que la actual revolución tecnológica y digital, basada en las nuevas -y sin embargo ya famosas- Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC), introduce cambios estructurales, es decir, fundamentales y duraderos a largo plazo, en muchas de aquellas cosas que habían permanecido inmóviles durante siglos. Entre ellas está el libro (su soporte, la forma de elaborarlo, el modo de acceder a sus contenidos...), que dejará

de ser como fue conocido en la Edad Media y como lo seguíamos conociendo en el siglo XX.

Quizá no desaparezca por completo –yo, al menos, no lo deseo-, pero todo apunta a que el libro, como casi todo, será absorbido por la nueva galaxia audiovisual y digital, y pasará a ser un artilugio electrónico o nano-electrónico. Ahora, por ejemplo, hablamos con toda naturalidad de los libros y las bibliotecas digitales. En otras palabras, ya hemos asumido la desmaterialización del soporte del libro. Y lo han hecho hasta las leyes -que suelen ir a rebufo de la realidad-, como la nueva Ley española del Libro y la Lectura, en que el legislador ha modificado la vieja definición de libro y biblioteca, para adaptarlas a los nuevos tiempos.

Hasta ahora me he referido al libro, pero algo parecido ocurre con la música, el cine, la televisión, los medios de comunicación, la telefonía móvil..., en definitiva, con casi todas cosas que tienen que ver con nuestra vida cotidiana. Hasta el siglo pasado la tecnología distinguía entre el *audio* y el *vídeo*. Hoy todo tiende a ser audiovisual e interactivo, o digital, sin más, porque las fronteras entre unos y otros han desaparecido.

Nos encontramos, pues, al comienzo de una nueva era audiovisual y tecnológica, un concepto del que hemos tomado el nombre para este congreso. De hecho, los expertos aseguran que apenas estamos en la ‘edad media’ de la tecnología digital, es decir, que estamos como los monjes del siglo XIV, en los albores de un mundo plenamente digital. ¿Y cuál será la consecuencia de todo esto? Según los estudiosos, será el surgimiento de un hombre nuevo. Algunos hablan ya de la existencia de una nueva generación digital – integrada por jóvenes que viven en digital- y vaticinan el inminente surgimiento de una especie de *homo-digitalis*.

Un interesante estudio dirigido y presentado por Imma Tubella, rectora de la Universidad Abierta de Cataluña, deja claro que será así, porque más allá del cambio tecnológico, estamos ante un cambio cultural y de valores. La generación digital ha hecho de Internet una forma de ser, una manera de vivir y de relacionarse.

Tomaré unos datos del referido estudio, que muestra la forma en que ha empezado a gestarse el *homo-digitalis*. Así, por ejemplo, los investigadores descubrieron que los

menores de 30 años ven menos la televisión desde que navegan por la Red. Exactamente el 60,7 % de internautas tenía este comportamiento. Cuando esto empezó a ocurrir –añade Tubella-, “la industria audiovisual negaba la evidencia, o la contemplaba como una moda pasajera, y se rompía la cabeza en programar contenidos para jóvenes. Pero los jóvenes hacía tiempo que la habían abandonado. No sus contenidos, pero sí el aparato y sus parrillas de programación”.

Hoy, por una simple cuestión de administración del tiempo, son todavía más los jóvenes que esperan a que ciertos contenidos de televisión cuelguen en la red para acceder a ellos. Esto no es nuevo para quienes tenemos hijos o nietos de entre 10 y 30 años de edad, porque si la revolución de los medios se materializa en las industrias, donde realmente se cuece es en las habitaciones de nuestros hijos.

Aunque no éramos conscientes de ello, lo cierto es que hace cosa de 10 años, el *homo-digitalis* ya estaba entre nosotros, en el mundo occidental desarrollado. Son los menores que han nacido y crecido en un ambiente de fuerte presencia tecnológica. Según datos del INE, más del 85 % de jóvenes entre 10 y 15 años utiliza regularmente un ordenador y se conecta a Internet con regularidad, y el 62 % tiene teléfono móvil. En España, las familias con niños de 10 a 15 años son las más tecnológicas y su presencia en los hogares produce claramente un incremento de uso de las nuevas TIC.

Como señala el estudio de la Universidad Abierta de Barcelona –precisamente un investigador de esta universidad nos acompaña en estas jornadas-, los receptores de televisión crecen en tamaño y vuelven al salón, mientras que el resto de aparatos los llevamos encima y los más jóvenes los sitúan en su habitación, incluido el móvil. Muchos de ellos reciben los contenidos audiovisuales casi exclusivamente a través del ordenador y del teléfono móvil, y no sólo los consumen, sino que los comparten, modifican y sustituyen. Como es obvio, también los crean, porque hoy cualquiera puede ser un creador audiovisual.

Y si esto ocurre en países como España, no digamos en Japón, donde, como nos recuerda Tubella, el ancho de banda ya permite bajar una hora de vídeo en 16 segundos. Se trata, pues, de una nueva generación de jóvenes, cuya aproximación a los problemas cotidianos es muy distinta a la nuestra, entre otras cosas, porque los videojuegos son

programas complejos que requieren nuevas aproximaciones cognitivas. Conceptos como autoridad, competencia, táctica y estrategia, éxito o fracaso, trabajo en equipo, lealtad, negociación y cooperación estarán cada vez más integrados en su manera de actuar.

Y buena 'culpa' de ello la tienen las nuevas tecnologías, que han dado paso a la democratización –la mundialización– de la información, de la creación y de la propia forma y velocidad de acceso a los contenidos audiovisuales.

Pero nada de lo que les he comentado hubiese sido posible sin el idioma y la economía. El trasfondo lingüístico y monetario de toda esa parafernalia de aparatos, redes, programas y contenidos no es menos formidable que el puramente tecnológico. Para nadie es un secreto que la batalla lingüística y tecnología se libra entre áreas lingüísticas claramente definidas, con el evidente dominio de la anglosajona. Las principales lenguas, y por su puesto, entre ellas la española, compiten por ser idiomas de referencia, por lograr cada vez mayores cotas de influencia y prestigio en el concierto global. Y el principal escenario de esa batalla es el tecnológico, por ejemplo, a través de la acción de las industrias culturales, en los contenidos audiovisuales y digitales, y obviamente en Internet.

Recientemente tuve oportunidad de asistir con mi amigo Rogelio Blanco, director general del Libro, Archivos y Bibliotecas, a un acto sobre la internacionalización de las industrias culturales españolas organizado por el Instituto Español de Comercio Exterior. Pude recoger datos interesantes: ya en 2002 la industria audiovisual, sin incluir el sector de la música, representaba cerca del 15 % del mercado global e bienes culturales. Desde entonces, el sector audiovisual es el que registra un mayor peso específico, con tasas de crecimiento importantes en los últimos años.

El surgimiento de nuevos canales y contenidos, el satélite, el cable y la televisión digital terrestre está modificando la estructura del sistema audiovisual. Es muy destacable también el papel de la industria mundial de los videojuegos que, en el año de referencia de 2002, representaron el 99 % de la exportación audiovisual de China, dueña de más del 28 % del mercado mundial.

En España, donde la media de facturación del sector audiovisual fue de 1.700 millones de euros en 2004, los videojuegos encabezan ya la industria audiovisual, con facturaciones que rozan los 1.000 millones de euros de 2006, con índices de crecimiento superiores al cine y la música. Por citar otro de los temas que tendrán cabida en este encuentro de la Rábida, la patronal española de los videojuegos se queja de que cerca del 50 % del negocio se lo lleva la piratería y reclama protección oficial.

En lo referido a la industria cinematográfica, sólo basta mirar dónde se producen las películas y cuáles son las fuentes de financiación para comprobar por donde avanza, en términos reales, la globalización. Actualmente hay muchos más países productores de cine que logran hacerse con cuotas significativas del mercado, pero aún así Estados Unidos sigue siendo la principal potencia industrial cinematográfica, seguido por India, Francia e Italia como principales exportadores. La lista de las diez películas más taquilleras de todos los tiempos pone en evidencia la primacía estadounidense, donde más de la mitad de los ingresos de Hollywood proviene de la distribución de sus películas en el extranjero.

Con todo, son cada más quienes, como mi amigo José Luis García Sánchez, afirman que el cine en su actual formato ha muerto. “Basta –me decía- con observar cómo ciertos cortos que se cuelgan en la red, fabricados y producidos por jóvenes con medios técnicos muy deficientes, alcanzan cifras de millones de internautas en pocas horas, mientras que la mayoría de las salas de cine españolas permanecen melancólicamente vacías”.

La industria musical, otro de los campos que claramente han sido absorbidos por el audiovisual, también tiene su traducción económica. Sólo en Estados Unidos la venta de música latina supera los mil millones de dólares, un dato que se conoció a raíz de la entrega de los Grammy Latinos en noviembre del pasado año. Por otro lado, en España, el sector discográfico generó en 2006 un volumen de negocio de 1.400 millones de euros y dio empleo, junto con el de conciertos, a unas 61.000 personas, según la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE), cuyo presidente es ponente en este congreso y se encuentra entre nosotros.

En España, la industria del software está formada por cerca de 12.000 empresas directas, las cuales en 2006 generaron un volumen de negocio de 2.500 millones de Euros y dieron trabajo a unas 80.000 personas, aparte de sustentar otros 300.000 empleos indirectos.

Tal como señaló el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, en la inauguración de la I Acta Internacional de la Lengua que organizamos en San Millán de la Cogolla - La Rioja, en 2006, “la industria audiovisual es cada día más potente y los datos más recientes señalan que en torno al 15 % de nuestro Producto Interior Bruto tiene que ver con el español”.

Como responsable de la organización de esta III Acta Internacional de la Lengua Española comparto con la Fundación Cajazol el orgullo de se celebrar este congreso en Huelva y en Andalucía, porque supone la consolidación del liderazgo de nuestra tierra en el apoyo a las industrias culturales en español, y en particular a la industria audiovisual, de las que por fortuna, cada vez hay más representantes en nuestra tierra. No en vano, más de 26.000 empresas andaluzas están relacionadas, directamente o indirectamente, con el sector de industrias culturales, del ocio y la creación.

Con más de 450 millones de hablantes nativos, el ámbito hispano se ha convertido en un formidable mercado de bienes y servicios culturales. Siguiendo los pasos del idioma, los productos culturales en español han rebasado las fronteras geográficas y culturales de la propia zona lingüística, hasta alcanzar proporciones mundiales. Así lo indican también las cifras de producción de libros, con sus más de 5.000 millones de euros anuales –más del 85 por 100 de ellos correspondientes a España-, que ratifican a las industrias culturales hispanas no sólo como importantes productoras de bienes y servicios culturales, sino como grandes generadoras de empleo y riqueza.

Estamos hablando de lengua y economía, dos conceptos que caminan de la mano y que, sin duda, marcan del futuro de los países de nuestro entorno lingüístico y cultural. Un idioma vale lo que valen las economías de los países que lo hablan, señalaron los expertos en San Millán. Esto lo saben bien los ingleses, franceses y alemanes, que llevan años estudiando el valor económico de sus lenguas. Ahora, gracias a iniciativas como las Actas de la Lengua Española, sabemos la aportación de nuestro idioma al PIB

de los países hispanohablantes a través de las industrias culturales es muy importante – en cifras directas, superior al 7 por 100-.

Lo anterior nos coloca más que nunca frente a una de las grandes debilidades de la lengua española, según las conclusiones de los 140 expertos que en total acudieron a los precedentes congresos de San Millán de la Cogolla y Bogotá: las enormes bolsas de pobreza que existen en la mayoría de los países de habla hispana. Observen cómo la pobreza, otro aspecto económico, incide en el desarrollo de la lengua española, porque estamos hablando de decenas de millones de personas -países enteros-, que por falta de recursos económicos permanecen al margen de los nuevos productos culturales y, en definitiva, están en riesgo de perder el tren de la nueva sociedad de la información y el conocimiento, nada menos que los dos parámetros que marcan el que será el futuro de la humanidad en los próximos siglos.

Sabemos, en definitiva que, además de un instrumento de creación y transmisión cultural, el idioma español es una poderosa herramienta de generación de riqueza y desarrollo para los pueblos. Crear conciencia de ello entre los gobiernos y las instituciones privadas es el sentido que tienen las Actas internacionales de la lengua española que estamos organizando con la colaboración del Ministerio de Cultura y cómo no, gracias a la decidida apuesta por la lengua española de la Fundación Cajazol.

Ya era hora de que en los dominios del español empezara a conocerse el potencial de su primer activo común. Con esta idea, a comienzos de 2006 nació la iniciativa de llevar a cabo, por primera vez en la historia de nuestro idioma, el análisis DAFO (debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades) de la lengua española y sus industrias culturales, a través de una serie de cinco congresos internacionales.

Eso fue lo que hicimos en el encuentro de San Millán de la Cogolla, y el año pasado durante la II Acta de la lengua española, celebrada en Bogotá y será lo que haremos en los futuros congresos sobre los medios de comunicación y la expansión mundial del idioma español. Este año daremos un paso más en nuestro apoyo a la lengua española y a sus industrias culturales, con la ayuda de la Diputación Provincial de Huelva y la Universidad Internacional de Andalucía, y por supuesto con la inestimable participación de los expertos que han venido de distintos lugares de España y de América.

Todos los asistentes a este congreso, con años de experiencia en las materias propuestas, saben que la lengua española juega un creciente papel estratégico como activo intangible, es decir, como materia prima para la creación de riqueza a través de la producción de bienes y servicios culturales. Seguramente también estarán de acuerdo conmigo en que el peso del idioma español ha llegado a ser tan relevante en el PIB de la mayoría de países hispanohablantes, que más allá de las consideraciones netamente culturales, su estudio y promoción desde el punto de vista económico es imprescindible.

En nuestras manos está que en esta nueva era el español y sus industrias culturales jueguen el papel protagonista -de referencia y liderazgo-, que su historia y su trabazón lingüística, pero sobre todo la diversidad y la creatividad de sus hablantes, sin duda le permiten.

No quiero terminar sin invitarlos a que participen activamente en el Foro Internacional de la Lengua Española, un salón virtual de debate que hemos creado en la página web de este congreso, que servirá -si ustedes lo desean- para continuar los intercambios de pareceres que se puedan suscitar en estos días en las mesas de análisis. El Foro Internacional de la Lengua Española es un espacio abierto a todos los usuarios del idioma español, que en definitiva son los verdaderos dueños de nuestra lengua. La misma que hablaban los monjes franciscanos aquí, en La Rábida, en el lejano siglo XIV, y la que hoy día hablan y escriben nuestros jóvenes y pequeños *homo-digitalis* en la soledad de sus habitaciones.

Nada más y muchas gracias